

LA CAPTURA

(Fragmentos)

OOE KENDZABUROO*

Traducción del japonés:
Óscar Montes

ESPERÉ EN LA MISMA POSTURA hasta que el cielo entero se cubrió de nubes con el color de una pradera en llamas, hasta que nuestro valle quedó sumergido en una ardiente puesta de sol; pero los adultos no regresaban. Estaba a punto de perder la cabeza por la ansiedad.

Luego, cuando se había desvanecido el brillo del sol poniente y comenzaba a soplar desde el valle una fresca brisa, deliciosa para la piel recién quemada; cuando las primeras sombras del atardecer comenzaban a insinuarse, volvieron los vociferantes perros y los adultos a una aldea silenciosa, casi loca por la expectación.

Corrí a recibirlos junto con los otros niños y, al ver al enorme hombre negro rodeado por los adultos, el impacto del miedo me dejó trastornado. En la misma forma que cuando iban a cazar jabalíes en invierno, rodeaban a su presa con los labios solemnemente apretados y venían hacia nosotros con las espaldas inclinadas, casi con tristeza. La "presa" misma, en vez de un uniforme de seda color gris y negras botas de cuero curtido, traía pantalones y saco verde oscuros y zapatos pesados y sin forma. Venía arrastrando una pierna coja, y su cara negra, brillante y enorme, estaba levantada hacia la media luz del cielo. Sujeta alrededor de los tobillos, la presa llevaba una cadena de hierro que pertenecía a una trampa para jabalíes y que hacía, al caminar, un ruido estruendoso. Nosotros los niños seguimos silenciosos y en grupo a la procesión de adultos. La procesión continuó lentamente hasta el amplio solar

* Estos fragmentos han sido tomados de *La Captura* (Shiiku), México, Extemporáneos, 1976.

que estaba frente a nuestra escuelita anexa a la del pueblo y se detuvo silenciosamente. Yo me abrí paso hasta el frente del grupo de niños, pero el viejo jefe de la aldea nos alejó con toda la fuerza de su voz.

Retrocedimos hasta el grupo de árboles de damasco que estaban en una esquina del solar, donde nos mantuvimos porfiadamente vigilando la asamblea a través de las sombras cada vez más densas. Las mujeres estaban paradas en las entradas de las casas que miraban hacia el solar, con los brazos cruzados bajo sus batas blancas, esforzándose por oír e irritadas por las voces tan bajas de sus hombres. Labio Leporino me dio desde atrás un fuerte golpe en el costado y me apartó de los otros niños, llevándome hacia la espesa sombra del árbol de alcanfor.

—¡Es un negro! —me dijo con voz que temblaba por la excitación—. ¡Yo lo pensé así desde el principio! ¡Un negro de verdad!

—Me pregunto qué harán con él. Tal vez lo maten de un balazo en el solar —dije yo.

—¿Matarlo? —gritó Labio Leporino, sin aliento por la sorpresa—. ¿Matar a un negro real, auténtico?

—Porque es un enemigo —insistí yo sin mucha confianza.

—¿Enemigo? ¿Él un enemigo? —vociferó Labio Leporino con voz ronca, agarrándome por el cuello de la camisa y rociándome toda la cara con la saliva que salía de sus labios partidos.

—¡Es un negro! ¿Cómo puede ser un enemigo?

—¡Eh, eh! —la voz de mi hermano nos llegó, excitada, desde el grupo de niños—. ¡Miren eso!

Volvimos la cabeza y vimos al aviador negro, con los hombros caídos, orinando un poco separado de los adultos, que lo contemplaban con embarazo.

El cuerpo del negro se disolvía gradualmente en la oscuridad cada vez más profunda, dejándose ver solamente su saco y pantalones verde oscuros, que parecían la ropa de trabajo de un obrero. Con la cabeza inclinada, el negro orinaba hasta una enorme distancia, y justo cuando a sus espaldas se elevó, de entre los niños que le miraban, una nube de suspiros, sacudió lánguidamente la cadera y terminó.

Los adultos rodearon una vez más al soldado negro y comenzaron lentamente a desandar el camino. Nosotros los seguimos a cierta distancia en silenciosa procesión. La hilera de hombres se detuvo frente al portón del costado del almacén por donde se cargaban las mercaderías. Allí, negra como la madriguera de algún animal, se abría la boca de entrada del sótano donde guardábamos para el invierno las mejores castañas que maduraban en otoño, después de matar con bisulfuro de carbono los gorgojos que se escondían bajo sus duras cortezas. Los adultos, todavía rodeando al soldado negro, se hundieron solemnemente en la abertura como al comienzo de alguna ceremonia, y un blanco alboroto de brazos cerró la gruesa puerta-trampa desde adentro.

Con los oídos aguzados contemplamos la luz naranja que ardía en la larga y angosta franja de claraboya expuesta entre el piso del almacén y el nivel del suelo. No lográbamos encontrar el valor que nos animara a espiar desde la claraboya, y el corto período de incertidumbre en que estuvimos esperando nos cansó infinitamente. Sin embargo, no se oyó ningún disparo, y en su lugar, desde la puerta-trampa entreabierta, se dejó ver la oscura cara del jefe de la aldea, quien nos habló amenazante y nos obligó a renunciar a la idea de espiar por la claraboya, aun desde lejos.

Pero no se levantó ninguna voz de queja, y los niños corrieron por el camino empedrado, sus pechos dilatados ante la interesante perspectiva de una noche de pesadillas. El miedo, convocado por el tumulto de sus pasos, les perseguía mientras corrían.

Mi hermano menor y yo dejamos a Labio Leporino escondido a la sombra de los árboles de damasco junto al almacén, todavía empeñado en seguir espiando los movimientos de los adultos y su presa. Fuimos hasta la entrada del frente del edificio y subimos hasta nuestra habitación en el desván, apoyándonos en el barandal siempre húmedo. Ahora había resultado que estábamos viviendo en la misma casa que la "presa". Por más que aguzáramos el oído era casi imposible oír cualquier grito en el sótano; pero, de todos modos, estar sentados en una cama sobre la pieza en que había sido confinado el aviador negro era para nosotros algo espléndido,

riesgoso y realmente increíble. La mezcla de excitación, miedo y placer me hacía castañetear los dientes, y mi hermano, como afectado por una gripe maligna, temblaba sentado con una colcha sobre la cabeza y las piernas recogidas. Mientras esperábamos que nuestro padre regresara con su pesada escopeta y el cansancio a cuestas, nos sonreíamos el uno al otro pensando en el maravilloso golpe de buena suerte que habíamos tenido.

Cuando habíamos empezado a comer lo que quedaba de las patatas duras y cubiertas de un sudor frío, más que para aplacar el hambre para olvidar con el subir y bajar de los brazos y el escrupuloso movimiento de nuestras mandíbulas el torbellino de sentimientos que nos hervía en el pecho como agua caliente, nuestro padre subió las escaleras espoleando aún más nuestra expectación.

Con escalofríos, observamos cómo ponía la escopeta en su soporte de la pared, se sentaba sobre una colcha extendida sobre el piso desnudo, y permanecía sin pronunciar palabra, contemplando solamente la olla con las patatas que estábamos comiendo. "Está irritado y muerto de cansancio", pensé. Pero nosotros los niños no podíamos hacer nada para remediarlo.

—¿Se acabó el arroz? —preguntó mirándome mi padre, mientras se estiraba la dura piel sin afeitar hasta que debajo de la barbilla se formó una bolsa.

—¡Hum! —contesté en voz baja.

—¿Y el trigo también? —casi gimió por el mal humor.

—No queda nada —dije comenzando a enojarme yo también.

—¿Y el avión? —preguntó tímidamente mi hermano—, ¿qué pasó con el avión?

—Se quemó. Casi comienza un incendio en el bosque.

—¿Todo? ¿Completamente? —preguntó nuevamente mi hermano con un suspiro.

—Sólo quedó la cola.

—Sólo la cola... —repitió como en trance mi hermano.

—¿Qué pasó con los otros soldados? —pregunté yo.

—¿Venía él solo en el avión?

—Otros dos aviadores murieron. Éste se arrojó en paracaídas.

—Paracaídas... —dijo mi hermano, cada vez más extasiado.

—¿Qué van a hacer con él? —pregunté audazmente.

—Alimentarlo hasta saber qué piensan en el pueblo.

—¡Alimentarlo! —dije atónito—, ¿como a un animal?

—No es mejor que un animal —declaró mi padre solemnemente—. Su cuerpo huele como el de una vaca.

—Me gustaría ir a verlo —dijo mi hermano escudriñando la cara de mi padre, que bajó las escaleras hosco y con los labios apretados.

Esperando que volviera de recoger el arroz y las verduras para preparar el abundante potaje caliente, mi hermano y yo nos sentamos en el borde de la cama. Estábamos tan cansados que hasta perdimos el hambre, y la piel de todo el cuerpo se nos movía convulsa por la excitación, como el sexo de un perro en celo. ¡Alimentar a un soldado negro! Me abracé a mí mismo. Podría haberme quitado las ropas gritando: ¡Alimentar a un soldado negro como a un animal...!

* * * * *

Desde el día siguiente hice mía la privilegiada responsabilidad de llevarle al prisionero su comida, una vez a la mañana y otra a la noche, y siempre acompañado por mi padre, que ya no se quitaba del hombro la escopeta para apuntar al soldado negro. Temprano por la mañana, o entre el atardecer y la noche, cada vez que mi padre y yo bajábamos al costado del almacén con la cesta de la comida, los niños que esperaban ansiosos en la plaza dejaban escapar al unísono un suspiro que se extendía y se elevaba al cielo como una nube. Yo atravesaba el solar contrayendo las cejas y sin echar ni siquiera un vistazo a los niños, como si fuera un experto que aunque ya ha perdido completamente el interés en su trabajo sigue tan meticuloso como siempre al realizarlo. Mi hermano menor y Labio Leporino se contentaban con caminar muy juntos a mis lados hasta la entrada del sótano. Después, tan pronto como nosotros hubiéramos bajado, ellos corrían nuevamente hasta la claraboya para espiar desde allí. Aunque mi trabajo ya me hubiera cansado, seguramente lo continuaría sólo por el placer que me producían los fervientes suspiros de envidia y resentimiento

que se elevaban a mis espaldas de entre los niños, Labio Leporino incluido.

Sin embargo, pedí a mi padre, y lo obtuve, un permiso especial para que Labio Leporino viniera a ayudarme una vez a la tarde con una tarea que era demasiado pesada para mí solo. En el sótano se había colocado bajo la sombra de un pilar un viejo y pequeño cubo para que lo usara el negro. Todas las tardes Labio Leporino y yo subíamos la escalera llevándolo con sumo cuidado mediante una gruesa cuerda pasada de lado a lado por sus asideras, e íbamos hasta el estercolero común a tirar el espeso líquido —excrementos y orina mezclados— que olía a demonios y hacía un ruido como de burbuja que revienta. Labio Leporino demostraba un entusiasmo excesivo por la tarea, y a veces, antes de verter el cubo en la gran cisterna del estercolero, removía su contenido con un palo para explicar el estado de la digestión del negro, especialmente su diarrea, que según él era producida por los granos de maíz en el guiso de arroz y verduras. De cuando en cuando, al ir a buscar el cubo con Labio Leporino y mi padre, encontrábamos al negro con los pantalones bajados y montado sobre el pequeño barril con sus nalgas negras y brillantes hacia afuera en la actitud de un perro copulando. En esos momentos teníamos que esperar un rato detrás de las nalgas del negro, y Labio Leporino, abrumado por un sentimiento de reverencia y asombro, con ojos exasiados como si estuviera soñando, se aferraba a mi brazo mientras oía el furtivo ruido que hacía la trampa para jabalíes que unía las piernas del prisionero a ambos lados del cubo. Nosotros, los niños, llegamos a ocuparnos exclusivamente del negro, que llenaba todos los rincones de nuestras vidas. El negro se había infiltrado entre nosotros, extendiéndose como una epidemia. Pero los adultos tienen su trabajo. Los adultos son inmunes a las epidemias de los niños. Ellos no pueden esperar inmóviles las instrucciones tardías de la alcaldía del pueblo. Cuando incluso mi padre, que tenía la responsabilidad de vigilar al negro, comenzó a irse de caza, el prisionero comenzó a vivir en el sótano con el exclusivo fin de llenar las necesidades diarias de los niños.

Durante el día, Labio Leporino, mi hermano y yo, al principio con las violentas palpitaciones que se sienten en el pecho al

quebrantar un precepto, y en seguida habituados, como si fuera un deber confiado a nosotros mientras todos los adultos estaban en las montañas y el valle, adquirimos la costumbre de confinarnos calmadamente en el sótano donde se sentaba el negro. El agujero para espiar por la claraboya, abandonado por Labio Leporino y mi hermano, fue traspasado a los niños de la aldea. Acostados sobre sus estómagos en el caliente y polvoriento suelo, contemplaban con las gargantas ardiendo de envidia el espectáculo de nosotros tres sentados alrededor del negro. Ocasionalmente un niño se olvidaba de sí mismo sobrecogido por la envidia y trataba de seguirnos dentro del sótano, pero la recompensa a su acto de rebeldía era una trompada de Labio Leporino que le derribaba al suelo con la nariz ensangrentada.

Ya para entonces nosotros llevábamos el cubo del negro sólo hasta el extremo de la escalera, y después, bajo el ardiente sol de la canícula y abrumados por el hedor, era transportado hasta el estercolero comunal por los niños que arrogantemente asignábamos a la tarea. Los elegidos, sus mejillas resplandecientes de placer, mantenían el cubo perfectamente derecho, teniendo sumo cuidado de no derramar ni una sola gota de ese líquido lodoso y amarillento que parecía tan precioso para ellos.

Todas las mañanas, los niños, inclusive nosotros, miraban hacia el estrecho sendero que bajaba entre el bosquecillo desde el camino de los cerros, casi rezando para que no viniera El Escribiente con la temida orden.

Los tobillos del negro, donde se ajustaba la trampa para jabalíes, estaban inflamados y en carne viva, y desde allí corría la sangre que se pegaba coagulada al empeine como secas hojas de hierba. La herida piel, con su inflamación rosada, era un constante motivo de preocupación para nosotros. Cuando se montaba a horcajadas sobre el cubo, el negro trataba de aguantar el dolor descubriendo los dientes como un niño que ríe. Después de interrogarnos con la mirada durante largo tiempo y sostener prolongadas consultas, decidimos quitarle la trampa de los tobillos. El prisionero, como si fuera un animal negro y flemático, no hacía nada más que estar sentado y silencioso en el sótano con sus brazos alrededor de las rodillas y con los ojos

siempre humedecidos por un espeso líquido que podía ser gratitud, que podían ser lágrimas. ¿Qué peligro podría representar para nosotros? Después de todo, no era más que un negro.

Agarrando fuertemente la lleve que había sacado de la caja de herramientas de mi padre, Labio Leporino se inclinó, casi tocando con el hombro la rodilla del negro, y quitó la trampa. En ese momento, súbitamente, con algo parecido a un gemido, éste se levantó y sacudió las piernas. Labio Leporino arrojó la trampa contra la pared y subió volando la escalera derramando lágrimas de terror, pero mi hermano y yo solamente nos acercamos el uno al otro, sin siquiera poder levantarnos. Estábamos casi sin respiración por el renovado miedo al negro. Pero éste, en lugar de saltar sobre nosotros como un águila, se sentó en el suelo con sus brazos abarcando las rodillas y con ojos acuosos de lágrimas y gratitud miró hacia la base de la pared, donde había caído la trampa. Cuando Labio Leporino volvió al sótano con la cabeza baja por la vergüenza, mi hermano y yo lo recibimos con reconfortantes sonrisas. El negro se portaba tan bien como cualquier animal doméstico.

Cuando esa noche muy tarde vino mi padre para cerrar el gran candado de la puerta-trampa, yo sentía el pecho ardiente por la ansiedad, pero él miró hacia los tobillos del negro, ya libres, y no me reprendió. El negro se portaba tan bien como cualquier animal doméstico. Ya para entonces la idea se estaba metiendo como el aire en el pecho de todos, grandes y chicos, en la aldea.

Cuando a la mañana siguiente con mi hermano y Labio Leporino fuimos al sótano llevando el desayuno, encontramos al negro manipulando la trampa para jabalíes, que estaba sobre sus rodillas. La unión donde la trampa se cerraba se había roto cuando Labio Leporino la tiró contra la pared. El negro estaba examinando la parte rota con el mismo aire experto y seguro del especialista en arreglar trampas que venía a la aldea todas las primaveras. Súbitamente alzó la frente, negra y reluciente, y me miró indicándome con gestos su deseo. Labio Leporino y yo cruzamos una mirada sin poder reprimir la alegría que hacía desaparecer la tensión de nuestras mejillas. El negro nos hablaba, como hablaban con nosotros los animales...

Corrimos hasta la casa del jefe y trajimos sobre nuestros hombros hasta el sótano la caja de herramientas, que era uno de los objetos de propiedad común de la aldea. Aunque contenía también cosas que podían servir como armas, no titubeamos en entregársela al negro. Para nosotros la idea de que ese animal doméstico que era el negro podría haber sido antes un soldado que fue a la guerra, era ridícula, desafiaba toda imaginación.

El negro miró primero la caja de herramientas y después a nosotros. Nosotros le devolvimos la mirada fijamente, mientras nuestros cuerpos se estremecían acalorados por el placer. Cuando Labio Leporino me dijo en voz baja, "parece un ser humano", yo le pegué a mi hermano en las nalgas mientras reía retorciendo el cuerpo de la felicidad y el orgullo que sentía. Desde los chicos en la claraboya nos llegó como niebla un enérgico suspiro de admiración.

Nos llevamos el cesto de la comida, terminamos nuestro propio desayuno y volvimos al sótano, para encontrar que el negro había sacado de la caja de herramientas unas pinzas y un pequeño martillo y los había colocado muy ordenadamente sobre un saco extendido en el suelo. Nos miró cuando nos sentamos cerca de él, descubrió sus grandes dientes que se estaban manchando de amarillo y sus mejillas se aflojaron. En ese momento sentimos un impacto al saber por primera vez que el soldado negro podía reír. Abruptamente descubrimos que estábamos ligados a él con un vínculo casi humano.

Al finalizar la tarde vino la mujer del herrero y se llevó a Labio Leporino entre insultos y reprimendas. Nuestras nalgas habían empezado a dolernos de tanto estar sentados directamente sobre el piso, pero el negro, sus dedos manchados con la grasa vieja y polvorienta de la trampa para jabalíes, repetía sus intentos de hacer que la juntura del resorte ajustara bien. Al trabajar producía un leve sonido metálico.

Yo observaba sin aburrirme la forma en que sus palmas suaves y rosadas cedían bajo la presión del filo de la trampa y cómo la mugre grasosa mezclada con el sudor le corría en hilos por el grueso cuello. Se despertaba en mí una náusea no desagradable, una vaga repulsión unida al mismo tiempo con deseo. El negro seguía entusiasmado con su trabajo inflando

sus gruesas mejillas como si estuviera cantando bajito dentro de su boca enorme. Mi hermano estaba apoyado sobre mis rodillas, con ojos que brillaban embelesados al contemplar los movimientos de sus dedos. Las moscas se reunían y volaban alrededor de nosotros, y el zumbido de sus alas ronroneaba y se enroscaba dentro de mis oídos junto con el aire caliente.

Con un sonido que creía más y más incisivo, la trampa mordió el manojito de cuerdas de cáñamo colocado entre sus fauces, y el negro, después de depositarla con cuidado sobre el piso, nos miró con ojos sonrientes flemáticos y acuosos. Sobre sus negras y brillantes mejillas el sudor formaba temblorosas gotas que bajaban luego hacia su cuello. Mi hermano y yo le devolvimos la sonrisa. Todavía sonriendo, miramos largamente sus ojos quietos, como hacíamos siempre con las cabras y los perros de caza. Hacía mucho calor. Continuamos sonriéndonos, como si el calor fuera algo que nos uniera, un placer común que nos empapaba a los tres...